



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



X – El juicio al monje maldito

3 – Roma, la madre de las ciudades

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 3 – Roma, la madre de las ciudades

El narrador continuó así su relato...



Roma, la madre de las ciudades, era una de las maravillas de su tiempo. Su distribución y sus proporciones nada tenían que ver con las demás ciudades, y menos aún dar una idea de su amplitud... ¡no, ni siquiera tú, que me estás escuchando¹ podrías imaginártela!

Según El-Walîd Ibn Muslim de Damasco², su recinto amurallado medía cuarenta millas, y tenía cuarenta puertas; a una una milla de distancia entre cada una. El que pasaba por la primera, accedía de entrada, al mercado de los caballos; luego, por una escalera, al de los cambistas, y después, al de las telas, antes de introducirse en la ciudad, propiamente dicha. En el centro se podía apreciar una vasta explanada, en la que, a uno de sus lados, se había construido una iglesia orientada hacia occidente. En medio de esa enorme plaza, se podía ver un estanque cubierto de mosaicos, del que salía un chorro de agua que abastecía a toda la ciudad. En el centro del estanque se elevaba una columna de piedra, rematada por la escultura de un hombre montado sobre un camello, recordando de ese modo a sus habitantes que “Los que han construido esta ciudad os dicen que nada habéis de temer hasta que llegue un pueblo que tenga a este animal por montura, ya que Roma no podrá ser conquistada más que por ese pueblo³.”

Tres partes de la ciudad dan al mar, y la cuarta, se abre hacia el interior. Está circundada por una doble muralla de mármol; en cuyo espacio intermedio, de sesenta codos⁴ de ancho,

¹ Al parecer, el narrador apostrofa a un oyente distraído o escéptico. Esta manera de llamar la atención del público, y de hacerle participar en el relato es muy característica de los romances populares, sin que se sepa aún si eso formaba parte de una tradición oral, o si se trata simplemente de un recurso literario.

² La descripción de Roma que se hace a continuación –y que evidentemente no tiene mucho que ver con la ciudad original– recoge, punto por punto, la del geógrafo árabe Ibn Al-Faqîh (muerto hacia 903 d.C.); su obra, muy célebre, fue citada profusamente por numerosos autores medievales, y, probablemente es, de uno de esos autores, de donde los compiladores del “Baïbars” (que no eran tan incultos como a veces se dice) tomaron este relato de la ciudad.

³ Esta historia, muy reconocible, está emparentada con una leyenda relacionada con la conquista de Al-Ándalus por los árabes: Rodrigo, el último rey visigodo de Córdoba, descubrió en una misteriosa cripta, la representación de unos guerreros de aspecto extraño, montados sobre animales desconocidos, y una inscripción en la que se anunciaba que la llegada de esos guerreros marcaría el fin de su reinado. Días más tarde, Rodrigo supo que Târiq Ibn Ziyâd había desembarcado en Gibraltar.

⁴ Un codo equivale a unos 0,50 m.

fluye un río de agua dulce, que provee a todas las casas de la ciudad. Está cubierto por una bóveda de planchas de cobre, y cada plancha mide cuarenta codos de largo, por otro tanto de ancho. Entre la Puerta del Rey y la Puerta del Oro hay doce millas de distancia. Sobre este espacio, de este a oeste, se encuentra un zoco porticado con columnas y techumbre de cobre. Por encima de este zoco se halla otro, en donde se han instalado los comerciantes y vendedores, y aún en un nivel superior, puede verse un tercero, sostenido por columnas de bronce. Cada columna mide treinta codos, y entre las columnas, a lo largo de todo el zoco, han excavado una dársena por la que penetra un brazo de mar. De ese modo, los barcos pueden acceder directamente hasta el zoco, en medio de los comerciantes. El barco echa allí el ancla, el comerciante elige la mercancía que quiere, y luego el barco regresa a alta mar¹.

En el interior de la ciudad, han construido una iglesia en honor de Pedro y Pablo, porque están enterrados allí. Son objeto de culto y de ellos se cuentan cosas extraordinarias. Este templo mide mil codos de largo, y doscientos de alto. También han edificado otra iglesia en honor del protomártir Esteban; mide ciento cincuenta codos de largo, y su techumbre, muros, suelo y diversas salas, se han tallado en un único bloque de piedra. Dentro de la ciudad se pueden ver muchas más iglesias y un millar de conventos, tanto para hombres, como para mujeres, y alrededor de sus murallas hay treinta mil columnas, con la peculiaridad de que en lo alto de cada una se ha instalado un monje².

Tiene la ciudad doce mil calles, con canales excavados en el centro para la recogida de aguas. Todos los zocos están pavimentados con mármol blanco y reposan sobre columnas de bronce; sus muros están revestidos de cobre. Además, posee seiscientos sesenta baños públicos y una universidad para quienes deseen instruirse en las diversas ciencias, como la medicina, la astronomía, la filosofía, la geometría, y así sucesivamente. También se puede visitar una inmensa iglesia, parecida a la de Jerusalén: mide una legua de largo y otra de ancho, y cien codos de altura. El lugar sobre el que los monjes celebran la misa es una enorme esmeralda tallada en una pieza de veinte codos de largo, y diez de ancho. El altar reposa sobre veinte estatuas de oro, de treinta codos de altura cada una, y con los ojos engarzados de rubíes. En medio de la iglesia hay una galería con mil doscientos pórticos de brillante mármol, y otra, de cobre revestido de oro. Cada una mide cincuenta codos de largo y poseen mil doscientas puertas de cobre dorado y cincuenta de oro, además de otras, que son de ébano y marfil. Del techo penden ciento treinta mil cadenas de oro, de las que cuelgan las lámparas. Sirven en este templo cincuenta mil clérigos, entre obispos, monjes, patriarcas y diáconos; aparte de todos los que viven de los ingresos de este establecimiento. Cuando

¹ Evidentemente, este detalle es contradictorio con la situación geográfica de Roma, y esa descripción podría corresponder más bien a Constantinopla.

² No cabe duda de que se trata de monjes estilistas.

uno de ellos muere, otro cubre su plaza inmediatamente. También hay diez mil asientos de oro y diez mil púlpitos, que se descubren los días de fiesta, así como treinta mil cruces de oro; porque de cruces de hierro, o de cobre cincelado, hay tal cantidad, que no merece la pena contarlas; al igual que los salterios, cuyas tapas están revestidas de oro y de plata. En esta iglesia se encuentran representados todos los profetas que Dios –exaltado sea– ha creado desde el día en que envió a nuestro padre Adán –bendito sea–, hasta el día en que apareció Nuestro Señor Jesús –bendito sea–, así como su madre María –bendita sea–, y están tan bien hechos, que parecen vivos.

También se puede contemplar en esta iglesia el trono real, rodeado de cien columnas doradas, de cincuenta codos de alto, y todo ello hecho de una sola pieza. Por encima, se levanta una estatua de oro, representando un estornino que, sobre la pechuga, ostenta un talismán grabado sobre una placa de oro, y en el pico lleva una rama de olivo. Cuando llega el otoño, todos los pájaros que conocen esta estatua, recogen dos aceitunas con el pico, y otras dos con las patas, y vienen a depositarlas delante de esta estatua. Los habitantes de la ciudad las recogen, y el aceite que sacan de ellas es suficiente para cubrir sus necesidades durante un año. Éste es un hecho totalmente cierto, que ha sido testimoniado por la fe de Abdallah, el medio hermano de nuestro señor Amr Ibn El-Âs¹.

Esta estatua mágica no es la única; también hay una iglesia por la que discurre un riachuelo que, cuando llega del exterior, viene lleno de ranas, tortugas y cangrejos de agua dulce; pero, en el sitio por donde penetra la corriente de agua en la iglesia, puede verse la estatua de piedra de un guerrero blandiendo una lanza, como si quisiera pescar algo del arroyo, y, cuando esos repugnantes animales llegan a la altura de la estatua, se dan media vuelta, y ni uno solo penetra en la iglesia.

Los habitantes de Roma tienen por costumbre afeitarse la barba y el pelo. Esta costumbre les viene desde la antigüedad; pues cuando Simón Pedro y los Apóstoles vinieron a predicar el cristianismo a los romanos, estos les tildaron de mentirosos y les rasuraron la barba y el pelo. Más adelante, cuando se dieron cuenta de la veracidad de lo que predicaban los apóstoles, se arrepintieron y, para expiar su pecado, ellos mismos se despojaron de barba y cabellos, una práctica que ha durado hasta la época del rey El-Zâher. Añadamos a todo esto, que su soberano es Federico, hijo de “Rumán el Azul”².

¹ Uno de los generales más célebres de los primeros tiempos del Islam; famoso sobre todo por la conquista de Egipto.

² El padre de Federico II era Enrique VI de Hohenstaufen; “Rumán el Azul” es un nombre imaginario, formado por asonancia con “Rumiyya” (nombre árabe de Roma).



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.4 ~ Una acogida triunfal